

Biblioteca-Films

Núm.
285

Los dineros del Sacristán

25
CTS.



RICHARD
DIX

Nancy Carroll
Arnold Kent

BIBLIOTECA FILMS

"TÍTULO DE LA SUPREMACÍA"

Redacción, Administración y Talleres:

Calle Valencia, 234-Apartado 707

Sdad. Gral. Española de Librería: Barbará, 16

B A R C E L O N A

AÑO VI

APARECE LOS MARTES

REVISADA POR LA PREVIA CENSURA

Núm. 285

Los dineros del Sacristán

Adaptación en forma de novela de la
película del mismo título, interpretada
por el simpático actor de la pantalla

RICHARD DIX

EXCLUSIVA
DE LA INVICTA




P.º GRACIA, 91
BARCELONA

REPARTO

Roberto.....RICHARD DIX

Bárbara.....NANCY CARROLL

ARGUMENTO DE DICHA PELICULA



PRIMERA PARTE

En uno de esos poderosos Bancos situados en las grandes avenidas neoyorquinas, Juan Quayle, propietario del mismo, se despedía del gerente del establecimiento diciéndole:

—Voy a ir con mi hija al Sanatorio Jasper y nos acompañará míster Wintrope.

—Piensa usted estar allí mucho tiempo?—le preguntó solícito el gerente.

—Unas dos semanas, para descansar—respondió Quayle—. Si ocurre algún asunto urgente telefonéeme.

En aquel momento se presentó un “botones” y le dijo al dueño:

—Señor Quayle, dentro de su coche he dejado el maletín con el dinero.

Quayle empezó a despedirse del gerente; pero, mientras tanto, nosotros trasladémonos a la calle y podremos presenciar una escena interesante sobre la cual se basa principalmente el asunto de esta novela.

En la calle nos encontramos con un simpático muchacho de apuesta figura, recio, de desarrollada musculatura, que denotaba en él a un hombre aficionado al deporte. Era una de esas personas que el primer golpe de vista es suficiente para que se haga simpático a la persona que lo ve, y se sienta por él una verdadera inclinación.

Era una mañana de abril, una mañana en la que, como diría el poeta, los pájaros piaban, los capullos brotaban, y en la que nosotros diremos que los automóviles atropellaban a cuantos se descuidaban un poco por aquel laberinto de ir y venir de coches.

Nuestro simpático amigo, llamado simplemente Roberto, se hallaba absorto en la lectura de una carta que acababa de recibir, y que lo tenía del peor humor del mundo. Decía así su texto:

"Radio Corporation of California"

Despacho del Presidente.

Mi querido Roberto: Con motivo de las múltiples quejas recibidas, me veo en la dura necesidad de despedirte por haber usado un lenguaje de verdadero carretero al anunciar la "Hora de la buena palabra", anoche.

Lo siente tu padre, que te quiere,

JERONIMO"

Apenas había cabado de leer la carta, cuan-

do un automóvil estuvo a punto de atropellarlo, y Roberto, que en cuanto a lenguaje era capaz de enfrentarse con un regimiento de carreteros de los más escogidos, y dejarlos a todos sin aliento, empezó su vocabulario de frases elocuentes; pero, al volver la cara, vió a un coche parado cerca de él, en cuyo interior, muellemente recostada, divisó a una preciosa muchacha. Aquella visión celestial, que no otra cosa parecía, le hizo enmudecer, y el chofer con quien había entablado tan acalorada discusión se retiró, convencido de que había salido triunfante en aquel torneo de improperios. Las últimas palabras sostenidas con el chofer distrajeron a Roberto durante instantes de su agradable contemplación, y cuando volvió la cabeza vió que el automóvil de la seductora damita, en quien sus palabras habían malogrado la buena impresión que experimentara al verlo, se alejaba rápidamente, dejándolo a él plantado en mitad del arroyo. Su único consuelo era la sonrisa que, al desaparecer, la bella desconocida le había dirigido.

Absorto en sus reflexiones, no notó que un automóvil lanzado a toda velocidad se le echaba encima, y a no ser por la mano brusca, pero providencial, de Jaime Bailey, que lo atraía hacia la acera, aquella interesante aventura habría tenido un fin muy poco halagüeño.

Roberto se volvió hacia su desconocido salvador y, estrechándole la mano, le dijo:

—Caballero, me ha salvado usted la vida. Si no es por usted ese animal me hace papi-llas bajo las ruedas de su coche.

—Eso le demostrará a usted, joven, que hay que andar con más cuidado por la calle—respondió el salvador.

—Lleva usted razón—exclamó Roberto—. No sé cómo podría pagarle a usted este favor.

Jaime Bailey recibía con un sonrisa benévola las manifestaciones de agradecimiento de Roberto y ya iba a retirarse cuando una idea luminosa que, al parecer, escapaba de sus células, le hizo detenerse y contestar a los repetidos ofrecimientos del muchacho.

—Si quiere yo le diré cómo puede pagármelo, joven.

—Estoy a su disposición—contestó Roberto, deseando pagar de alguna forma el favor.

Bailey señaló hacia el auto del dueño del Banco, a cuya puerta estaban, y le dijo:

—Hace más de media hora que estoy esperando a mi chofer. No tenga más que dos minutos para tomar el tren. ¿Quiere usted llevarme a la estación a escape y luego volver con el coche aquí?

—Ya le he dicho que estoy a sus órdenes, señor—contestó Roberto, tomando el volante y emprendiendo el camino de la estación.



Le tomó la mano

No había hecho más que desaparecer cuando salió Quayle y, al ver que no estaba allí su coche, exclamó:

—¡Me han robado el automóvil y el dinero! ¡Lo peor de todo es que Bárbara ya estará en el tren esperándome! ¡Dé usted parte a la policía, mientras yo voy en un taxi a la estación!

Y, en efecto, tomó el primer coche de alquiler que pasó y llegó al tren cuando ya éste estaba a punto de emprender la marcha.

En aquel momento, pero por distinto sitio,

llegaban también Bailey y su improvisado chofer. El tren ya empezaba a andar y Roberto, al ver que su salvador se había dejado en el coche el maletín, motivo principal de aquella huida, subió al tren para entregárselo. La velocidad del expreso era ya demasiado grande para arriesgarse a saltar y no le quedó otro remedio que seguir a su amigo al departamento de fumar, donde aquél se instaló.

—No puede imaginarse en el lío que me ha metido—le dijo Roberto apenas entró en el departamento—. No tengo dinero ni para el billete a la próxima estación... Mi padre me ha despedido de mi colocación, diciéndome, poco más o menos; "¡Arréglatelas como puedas, hijo!"

Pero su enigmático amigo, dándole unas cariñosas palmaditas en la espalda, le dió la solución de aquel terrible problema, diciéndole:

—No se apure; en la maleta llevo dinero suelto para ambos.

Jaime Bailey se refería al maletín encontrado en el auto y que él había visto salir del Banco. Estaba seguro de que allí habría billetes, y fingiendo que buscaba la llave del mismo, exclamó al final:

—¡Qué barbaridad! ¿Dónde habré podido meter la llave, que no la encuentro?

Siguió la busca, ayudado por Roberto, y ter-

minó diciéndole, al ver que éste llevaba en uno de los bolsillos un llavero:

—Veamos si podemos abrirla con alguna de sus llaves... Todo el dinero que traigo está en el maletín...

Probaron una de las llaves y, por fin, una de las de Roberto dejó al descubierto el interior del maletín, donde había un fajo voluminoso de billetes de banco.

A Roberto no le hacía mucha gracia aquel viaje tan inesperado y, al cabo de algunos minutos, le preguntó a su amigo:

—¿Sabe usted cuál es la primera estación donde para este tren?

—Me parece que hasta Jasper-Villa no tiene ninguna parada—le respondió.

—He oído hablar del Sanatorio que hay en esa población y creo que para descansar no hay mejor lugar que él—exclamó Roberto—. Está amurallado como una fortaleza y nadie molesta a los que lo habitan... ¿Usted no ha estado ninguna vez en él?

—Sí—respondió intencionadamente el amigo—. Una vez estuve en un sitio amurallado, como un presidio, pero fué por cuenta del Gobierno.

—¿En un balneario?—volvió a preguntarle ingenuamente Roberto.

—No era muy a propósito para ser un bal-

neario aquel recinto, pero no tuve más remedio que veranear en él todo el tiempo que el Gobierno lo dispuso—respondió el otro.

La conversación fué decayendo poco a poco y Roberto terminó levantándose para salir a la plataforma posterior del tren y respirar un poco de aire puro.

Mientras tanto, el señor Quayle hablaba con Wintroppe y le decía:

—Estoy intranquilo hasta saber si han podido recuperar mi maletín. La audacia de los ladrones de hoy en día supera a todo lo que pueda uno imaginarse.

Wintroppe era un joven que hacía poco que había llegado a la población y que, valiéndose de medios tan sólo por él conocidos había podido lograr la amistad del señor Quayle, hasta el punto de que éste no tenía inconveniente en patrocinar los deseos del joven, que eran los de ser el esposo de la preciosa Bárbara. Bajo la capa de su fingida elegancia y cortesía Wintroppe ocultaba su verdadera personalidad, que era de ladrón de oficio, y al saber la dote cuantiosa de Bárbara, comprendió que aquel casamiento sería el final de su vida aventurera. Pero lo difícil para la realización de su plan era que la joven no había experimentado por su continuo galanteador el menor sentimiento amoroso y, si se quiere, hasta le resultaba antipático. Mas, debido a la influencia que ejer-

cía sobre su padre, tenía que soportar su presencia y hasta mostrarse en ciertas ocasiones amable.

A la vez que hablaban los dos hombres, Bárbara parecía seguir indiferente la conversación y Wintroppe le dijo:

—Parece usted aburrida... ¿Acaso no le gusta a usted este viaje?... ¿Esta semana de completo reposo en el balneario

—No he nacido para estar inactiva—respondió la joven—. Me gusta mucho más la vida bulliciosa de las grandes ciudades. Además, me parece que el ambiente del coche me maree... Con su permiso, voy a tomar un poco de aire fresco.

—Si me lo permite, la acompañaré—se ofreció Wintroppe.

—Muchas gracias—respondió ella en tono que no dejaba lugar a réplica—. No quiero que se moleste. Puede seguir hablando con papá; yo volveré en seguida.

Y, procurando sonreír, salió del vagón para dirigirse al mismo sitio que, momentos después, se encaminaba Roberto.

.....
Coleccione usted cada martes

BIBLIOTECA FILMS

Lea usted cada jueves

FILMS DE AMOR

SEGUNDA PARTE

Hacia unos minutos que Bárbara había salido a la plataforma del tren cuando apareció Roberto. Uno y otro quedaron sorprendidos al verse de nuevo y él rompió el silencio, diciéndole:

—Señorita, me parece que no es ésta la primera vez que la he visto.

—Y a mí me parece que no es ésta la primera vez que le oigo—respondió ella, recordándole la fraseología con que había tenido lugar el primer encuentro.

Roberto bajó la cabeza, avergonzado, y exclamó:

—Le ruego que me perdone por lo de esta mañana. Nunca pude sospechar que me oyera una mujer tan bonita como usted.

Ella sonrió ante la galantería del muchacho y respondió:

—Menos mal que su actitud de ahora lo disculpa a usted de lo de antes. Y, señalándole un asiento que había vacío al lado suyo, le



—¡Quiero que devuelva ese dinero!

dijo: —Si quiere sentarse, puede hacerlo; pero piense que está al lado de una señorita y que tiene que hablar de distinto modo que con el chofer de esta mañana.

Roberto comprendió la broma y se echó a reír. Su risa no tardó en contagiarse a la muchacha y rieron de buena gana aquella ocurrencia.

—¿Cómo es que se encuentra aquí?—le preguntó ella, interesada por la presencia del joven, que tan buena impresión le había causado desde el primer momento que lo vio.

—Este es un hecho muy difícil de explicar— contestó él—. Ni yo mismo podría decirle la forma. Ha sido un viaje obligado.

—¿Obligado?... ¿Por quién?—insistió ella.

—Una causa mayor que mi voluntad me ha obligado a emprender este viaje, del que me alegro en el alma, puesto que me ha permitido encontrarla a usted y tener la dicha de hablarla.

—¿Usted considera una dicha el hablar conmigo?—le preguntó ella, coqueteando deliciosamente.

—No cabe duda. Jamás hubiera existido para mí una alegría mayor que la de trabar amistad con una mujer tan deliciosa como usted.

Bárbara comprendió que la conversación iba deslizándose por un camino algo escabroso y calló un momento. Pasado éste, dió un pequeño grito y se llevó las manos a un ojo.

—¿Qué le ha sucedido?—le preguntó él alarmado.

—Nada; sin duda ha sido un poco de polvo—respondió ella, retirando las manos de la parte dolorida y fijándose que en el dorso de sus manitas había quedado prendida una de sus sedosas pestañas—. Mire usted—seguía diciéndole, a la vez que se la enseñaba—: una pestaña. Dicen que cuando se desprende una pestaña se puede desear una cosa; se da un golpecito en la mano y si aquélla vuela es señal de que el deseo ha de cumplirse.

—¿Quiere usted que hagamos la prueba?—le propuso Roberto. Y sin esperar la contestación, le tomó la mano para hacer lo que le había dicho. La pestaña voló y el joven exclamó, satisfecho:

—Su deseo será cumplido, señorita. ¿Qué había usted pensado?

—Es un secreto que no se lo puedo decir—repuso ella. Pero nosotros, más afortunados que Roberto, podemos decir que el pensamiento de Bárbara estaba en aquel momento puesto en la satisfacción que sentiría si el joven acompañante hiciera alto en Jasper-Villa y pasara allí una temporada.

Aquel soliloquio, que iba transformándose en diálogo, con todos los caracteres de idilio, se vió de pronto truncado con la presencia de un detective, que les dijo:

—Perdonen ustedes mi intromisión, pero venía a ver qué pasajeros había en esta parte del tren. Mi compañero anda buscando por los vagones de delante para ver si encontramos a un par de ladrones que se han metido en este tren.

Bárbara, al sentir que en el tren viajaban dos ladrones, sintió el natural temor de verse lejos de su padre y se levantó para marcharse donde éste estaba.

No obstante, Roberto la detuvo diciéndole:

—¿Volveré a verla después de que hayan detenido a esos granujas?

—No tendrá usted tiempo de verme porque nos apeamos en la estación de Jasper-Villa—respondió la joven.

—¿Y es posible que marche usted sin decirme su nombre?... ¿Cómo la llamaré en mis sueños?

Entonces ella sacó la libreta de notas que llevaba Roberto en el bolsillo superior de la americana y escribió su nombre. Hecho esto, se lo devolvió, diciéndole:

—Quiero que me prometa que no lo leerá hasta después que se haya apeado del tren.

—Se lo prometo—respondió Roberto, guardándose la libreta de notas y siguiendo con la mirada a la deliciosa muchacha, que varias veces volvió la cabeza para sonreírle y demostrarle su simpatía.

No deje de solicitar el Catálogo General de BIBLIOTECA FILMS que contiene la colección más amena y sugestiva de novelitas cinematográficas. Escriba hoy mismo (y se lo mandarán gratis a) BIBLIOTECA FILMS - Apart.º 707 Barcelona

TERCERA PARTE

Roberto, una vez que se hubo marchado la joven, volvió de nuevo al vagón donde había dejado a su amigo y lo encontró contando los billetes que había en el maletín.

—Es peligroso enseñar tanto dinero—exclamó Roberto—. Andese con cuidado, que hay ladrones en el tren y los andan buscando dos detectives.

—¡Dos detectives!—exclamó sobresaltado Bailey.

—Sí—respondió Roberto, sin poder comprender la excitación de que se hallaba poseído su amigo—. Se trata de dos ladrones que han robado una fuerte cantidad de dinero y tienen la seguridad de que se encuentran en este tren.

—¡Estamos perdidos!—exclamó finalmente Bailey.

—¿Perdidos?—le interrogó Roberto—. Nosotros, ¿por qué?

—Porque los ladrones que buscan somos nosotros. Uno soy yo y otro usted.

En pocas palabras le explicó Bailey el robo que había hecho y terminó diciéndole:

—Según la ley, por haber facilitado mi fuga, usted es tan culpable como yo. De consiguiente, tiene usted que ayudarme.

De momento, Roberto no pudo contener su indignación y, cogiendo a su amigo por las solapas, lo zarandeó violentamente, a la vez que le decía:

—¡Quiero que devuelva ese dinero robado inmediatamente!

—Yo haré todo lo que usted quiera—respondió el otro atemorizado—. Pero, por Dios, no permita que se me lleven a presidio... La atmósfera de allí me es muy perjudicial para la salud... No olvide que le salvé a usted la vida.

—Está bien—terminó diciendo Roberto—. Devuélvame el dinero y yo me encargaré de restituirlo a su verdadero dueño. Pero dígame si tiene algún cómplice más.

—Todo se lo diré—respondió el atemorizado fadrón, pero prométame que me aludará. A usted ya le ha visto el detective y no pretenderá registrarlo.

—Hable pronto y aprisa. Soy hombre de poca paciencia—exclamó Roberto.

—Mi cómplice se llama Wintrobe—respondió Bailey—y viaja en compañía del señor Quayle, a quien le hemos robado el dinero.

Y de aquella forma Roberto, que no tenía



¡ Sacándose los billetes que llevaba escondidos

ni cinco céntimos, se encontró de pronto dueño de una gran cantidad de billetes; pero aquel dinero era para él sagrado. Aquella cantidad iba a ser lo mismo que los dineros del sacristán, que por un lado venían para irse inmediatamente y dejarlo en la misma situación que antes.

No se crea por esto que Roberto dudó un solo momento de devolver el dinero, sino que cuando llegó a la estación de Jasper bajó del tren con la sana intención de volver a la ciudad y restituir la cantidad robada.

Al apearse del tren se acordó de que allí habría bajado también su preciosa compañera y para saber su nombre sacó la libreta de notas.

Su admiración no fué pequeña cuando leyó en la hoja de papel el nombre de la muchacha, que era igual al del dueño de la cantidad robada. Sin darse cuenta, él mismo, con su desinteresado altruismo, había complicado su situación. ¿Cómo poder justificarse ante los ojos de ella?... ¿Cómo poderle hacer comprender que aquel dinero que pertenecía a su padre estaba en su poder por un procedimiento tan poco explicable? Pero él no era hombre que se ahogaba en poca agua y, decidido, tomó el camino que había de conducirlo al Sanatorio donde había ido Brbara.

CUARTA PARTE

Al llegar al Sanatorio se encontró con que no le permitían la entrada. Quiso dar toda clase de explicaciones, pero fué inútil. El portero lo detuvo y terminó diciéndole:

—Le he dicho que aquí no se puede entrar como si fuera un hotel.

—Es que yo quiero ver al señor Quayle.

—Imposible, señor—respondió nuevamente el criado—. Si no trae usted una recomendación de un médico no puede entrar.

Roberto que era inútil todo cuanto dijese y terminó conformándose, a la vez que le decía al portero:

—Puesto que no me deja entrar haga el favor de avisar al señor Quayle y yo esperaré aquí en el jardín.

Aún dudó un poco el fiel sirviente; pero, en vista de la actitud de aquel desconocido, que parecía estar dispuesto a llevar a cabo su propósito, lo dejó en el jardín mientras él entraba a anunciar al señor Quayle la visita.

A los pocos minutos de espera apareció Bárbara y exclamó, agradablemente sorprendida de encontrar allí a su acompañante del tren:

—¿Cómo se enteró usted de que estaba yo aquí?

—La casualidad me ha traído nuevamente a su lado. Tengo una cosa muy importante que decirle. Y, sacándose los billetes que llevaba escondidos por todos los bolsillos, continuó diciéndole:

—¿Se acuerda usted que cuando me preguntó en el tren a qué se debía mi viaje no pude responderle?

La joven hizo un signo afirmativo con la cabeza y Roberto prosiguió:

—Pues se debe a qu, sin darme cuenta, había cometido un robo importantísimo. Mire usted el dinero.

—Entonces... ¿usted es...?

No pudo terminar dconfesar su pensamiento porque él la atajó diciéndole:

—Le suplico que no me tome por lo que no soy. Soy un hombre honrado que vengo a devolverl a su padre lo que le robó otro sinvergüenza.

Y mientras se afanaba por hacerle comprender a la joven su inocencia, Wintrope, que lo vió y se aseguró de que era el mismo que había conducido a su cómplice a la estación, se dispuso a preparar su defensa.

Marchó en busca del médico del establecimiento y le dijo:

—Doctor, afuera hay un individuo que le dan ataques... ¿Podría usted examinarlo?

—¡Ah, ya comprendo! — exclamó el doctor—. ¿Se trata acaso de un maníatico?

—Efectivamente — respondió Wintrope —. Tiene la manía de decir que es hijo de un millonario. Además, cree que todo el mundo ha sido robado y dice que viene a restituirle el dinero. Haga el favor de examinarlo y si ve que su estado no es de los que ofrecen tranquilidad no le deje ver al señor Quayle, porque se impresionaría mucho.

—Descuide usted, joven, que lo examinaré tranquilamente.

En efecto, el médico hizo entrar a Roberto y, después de mirarlo por un lado y otro, le dijo, acercándose a él.

—Haga el favor de abrir bien los ojos.

Hízolo así el muchacho y el galeno le examinó la vista detenidamente para comprobar el estado de aquel individuo. Roberto empezaba ya a impacientarse cuando el facultativo le dijo:

—Usted es el individuo de los ataques.

—Ni estoy enfermo ni padezco ninguna clase de ataques—exclamó molesto Roberto—. Lo que yo quiero es ver a un señor llamado Quayle.

—Mister Quayle está tomando el baño, pero

no obstante iré a llamarlo—respondió el médico. En efecto, se dirigió adonde estaba el rico banquero y, mostrándole desde lejos a Roberto, le dijo:

—¿Aquel individuo es amigo de usted?

—No le he visto en mi vida—respondió Quayle.

—Pues viene a verlo a usted. Según parece, se trata de un loco pacífico que tiene manía de robos. Lo mejor es que lo reciba usted y lo despida amablemente.

El señor Quayle siguió el consejo del médico y entró con Roberto en la oficina.

Mientras tanto, Wintropé fué en busca de Bárbara y le preguntó:

—¿Conoce usted, por casualidad, a ese individuo que hablaba hace un rato aquí.

—Le conocí esta mañana—respondió la joven sin adivinar las intenciones del aventurero.

—Entonces—siguió diciéndole éste—permítame que le advierta que es un individuo de cuidado..., un ladrón de oficio.

—Me parece que se equivoca usted, señor Wintropé—respondió la joven, que no podía creer que aquel muchacho tan simpático fuese un vulgar ladrón.

—La prueba acabó de tenerla—respondió Wintropé—. No sé por qué motivo viene a devolver el dinero que esta mañana robó a su padre. Ahora está hablando con él.

La prueba era convincente, y cuando Win-



—Me parece que se equivoca usted

trope comprendió que la duda había prendido en el corazón de la joven, se alejó del jardín, sonriendo, mientras que Bárbara sentía todo el dolor que le causaba aquella funesta noticia.

En el despacho del director se hallaban, entre tanto, Roberto y Quayle, que le decía aquél:

—Usted dirá para qué me quiere ver.

—Es muy sencillo—respondió éste—. A usted le han robado, señor Quayle.

El banquero supuso que la manía del muchacho ya empezaba a manifestarse y le preguntó:

—¿Cómo lo sabe usted?

—Porque aquí traigo el dinero que le sustrajeron esta mañana—exclamó Roberto, y al ver la forma en que lo miraba Quayle, siguió diciéndole:

—Usted me tomará por loco, pero no lo soy. La prueba es que estoy disputo a reintegrarle el dinero que le robaron hasta el último céntimo.

—Bien. ¿Y ese dinero cómo ha llegado a sus manos?—preguntó Quayle, que empezaba ya a dudar de la locura de aquel individuo.

En cuatro palabras le fué contando todo lo que había sucedido, su encuentro con aquel individuo que le había salvado la vida y, últimamente, le dijo:

—Ese señor Wintrobe es el cómplice del robo.

—¡Imposible!—exclamó el señor Quayle—. Wintrobe es un hombre honrado a carta cabal. Su acusación no puede tener fuerza ninguna si no tiene usted una prueba que la afiance.

—Descuide usted, que yo le daré esa prueba antes de lo que usted se piensa—respon-

dió Roberto. Y, echándose mano a uno de los bolsillos, le preguntó:

—¿Quién estaba con usted cuando retiró el dinero del Banco?

—Wintrobe únicamente y el gerente.

—Eso quiere decir que si alguien le quitó a usted el talón no pudo más que ser o el señor Wintrobe o el gerente, ¿no es así?

—Efectivamente—exclamó Quayle—. Pero el talón lo tengo yo.

—Se equivoca, señor Quayle; el talón lo tenía usted al subir al tren, pero Wintrobe se dió maña durante el trayecto para quitárselo y entregárselo a su cómplice.

Quayle se echó rápidamente mano a la cartera y, con gran asombro suyo, se dió cuenta de que aquélla le había desaparecido.

—¡Me han robado la cartera! — exclamó alarmado—. ¡En ella llevaba el talón!

—No se apure—respondió tranquilamente Roberto—. Su cartera y el talón pasó de su bolsillo al de Wintrobe, del de éste al de su cómplice y del de su cómplice al mío. Aquí tiene usted su cartera y la cantidad robada.

La prueba no podía ser más convincente y el señor Quayle le dijo:

—¡Ahora mismo voy a dar parte para que prendan a ese individuo!

—No lo haga usted—respondió Roberto—. Me haría usted faltar a mi palabra después de haberle prestado este gran servicio. Si Win-

trope es detenido declarará el nombre de su cómplice y lo detendrán, y esto es lo que yo quiero evitar. Hágame el favor de acompañarme y yo le daré a entender lo que tiene que hacer en esta ocasión.

Quayle no tuvo inconveniente en seguir la orden que le daba aquel desconocido y salió con él al jardín, donde Wintrobe acompañaba a Bárbara, pretendiendo una vez más convencerla de su inmenso amor.

Al verlo junto a ella todos sus buenos deseos estuvieron a punto dederrumbarse; mas Roberto hizo un esfuerzo y exclamó:

—Señor Wintrobe, ¿tiene usted la bondad de concederme unos minutos?

—Ahora pretenderá que me han robado—le dijo a la joven—. Este hombre sabe fingir admirablemente.

Se acercó donde estaba Roberto y le dijo:

—¿Es muy largo lo que tiene usted que decirme?

—Un segundo nada más. Rogarle que se vaya usted inmediatamente.

—Usted está loco—respondió riéndose Wintrobe—. ¡El que se va a ir de aquí ahora mismo, si no quiere que lo eche a patadas, es usted.

—Si se empeña daré parte a la policía—replicó calmamente Roberto—. Y estoy seguro que usted con la policía no quiere trato de ninguna clase.



La joven apoyó sobre su hombro su cabecita

—Me importa poco que llame usted a la policía o a todo un regimiento de detectives— exclamó Wintrope, perdiendo poco a poco la calma de que siempre había hecho alarde.

—¿Y si yo le dijera que la cartera que usted robó al señor Quayle ya está otra vez en su poder y su cómplice encerrado en la estación de Jasper, se iría?

Aquella acusación era tan terminante que Wintrope no osó oponerse a la orden del joven y se alejó, diciéndole:

—Por esta vez me ha ganado la partida, pero yo le prometo que no le ha de durar mucho tiempo la suerte.

—Eso ya lo veremos—respondió Roberto riéndose mientras que Wintrope se alejaba.

Quayle, mientras que Roberto y Wintrope hablaban, le había ido dando cuenta a su hija de todo lo ocurrido y cuando ésta vió que se marchaba su antipático compañero, se acercó donde estaba Roberto y le dijo:

—Perdone usted que haya dudado un instante de usted.

—Desde el primer momento ya la había perdonado, Bárbara—respondió el joven.

—¡Ese hombre, que quería hacer creer que usted era un ladrón!...—siguió diciéndole la muchacha.

—¿Pero usted sigue creyendo en mí, a pesar de todo?

—Siempre creí—respondió la joven—. Algo

me decía interiormente que no era usted lo que me decían.

El señor Quayle, al verlos tan amartelados, comprendió que allí sobraba alguien, y que aquel "alguién" era, precisamente él y se retiró para dejarlos completamente solos. Roberto, que advirtió la acción del padre de su amada, la tomó entre sus brazos y le preguntó:

—¿Y me prometes que me amas y que me amarás siempre?

La joven apoyó sobre su hombro su cabecita y respondió:

—Te lo prometo, si tú me prometes antes que no volverás a usar aquel lenguaje de carretero.

—Prometido solemnemente.

Y para sellar el pacto los dos amantes no vieron nada mejor que unir sus almas en la dulzura de un beso, lleno de pasión.

F I N

SOBRE ROSA (Sólo para solteras), 20 cts.

SOBRE GALANTE (Id. para hombres) 20 .

SOBRE INFANTIL 15 »

OIGA!...

Estos son los
mayores éxitos:

TANGOS ARGENTINOS

BIANCO BACHILIA
MARCUCCI
LOS MEJORES TANGOS
IMPERIO ARGENTINA
SPAVENTA
LINDA THELMA
MANUEL BIANCO
CARLITOS GARDEL
PEPE COHAN
SOFIA BOZAN
CATULO CASTILLO
ERNESTO FAMA
JULIO DE CARO

Cada librito contiene 20 tangos modernos diferentes

PRECIO DEL LIBRO: 30 céntimos

Si no los encuentra en su localidad

**PIDALOS ANTES DE QUE SE AGOTEN A
BIBLIOTEC FILMS.-Apartado 707.-BARCELONA**

que remitiendo el importe más cinco céntimos
en sellos de correos, se los envi rá en seguida

500-

Las Grandes Novelas de la Pantalla

La primera novela
cinematográfica

TOMOS A 2 PESETAS

Las dos niñas de París	Sandra y Biscot
La nueva misión de Judex	René Cresté
La huérfanita	Sandra y Biscot
La coqueta irresistible	Constance Talmadge
Parisette	Sandra y Biscot
Por la puerta de servicio	Mary Pickford
Pimentilla	Dorothy Gish
El hijo del pirata	S. Gerard y Sandra
Los parias del amor	Von Stroheim
Esposas frívolas	Mya May
La dueña del mundo	Wallace Beery
Ricardo Corazón de León	R. Poyen "Minutillo"
El huérfano de París	Mary Pickford
Dorotea Vernón	

TOMOS A 1'50 PESETAS

El signo del Zorro	Douglas Fairbanks
El hijo de la parroquia	Jackie Coogan
El milagro	Tomás Meighan.
El ladrón de Bagdad,	Douglas Fairbanks
La pequeña Anita	Mary Pickford
La quimera del oro	Charles Chaplin
El niño de las monjas	Mercedes Astolffi
El Aguila Negra	Rodolfo Valentino
El sol de media noche	Laura La Plante
¡Mi hijo antes que nadie!	Germaine Rouer.
Jaque a la Reina	Mrs. y Mme. Dullin
La Cabaña del tío Tom	James B. Lowe

SOLICITAMOS CORRESPONSALES

ENVIAMOS CATALOGOS GRATIS

Servimos números sueltos y colecciones completas, previo envío del importe en sellos de correo. Remitan cinco céntimos para el certificado. Franqueo gratis

Biblioteca Films - Apartado núm. 707 - Barcelona